

CARLOS ALBERTO O'DONELL

1912 - 1954

Sin duda sorprende a muchos el tiempo transcurrido entre la desaparición del botánico Carlos Alberto O'Donell y una publicación de la Institución en la cual pasara la mitad de su vida.

No hubo una sola causa, sino que fueron varias las circunstancias que pospusieron un homenaje simple como éste y por demás merecido. Primero, una poca feliz decisión a la cual se debe una buena parte de obstáculos; luego, el cambio de régimen del país, en el cual se pasa de un período difícil a otro que no lo es menos, de reorientación.

*Pocos meses después de su fallecimiento aparecieron algunas crónicas ⁽¹⁾ pero ninguna en publicaciones de la Universidad Nacional de Tucumán. Por una casualidad que se da pocas veces, tres de ellas ofrecen la lista de sus trabajos: la primera agrupándolos según el contenido de ellos; las otras dos, cronológicamente. La primera noticia publicada en *Taxon* es breve. Mi biografía es una pintura rápida de su personalidad, asociándola a la evolución de su carrera; otra ⁽²⁾ es su curriculum vitae y la última, refleja la actividad de O'Donell con proyección especial hacia el Instituto Miguel Lillo.*

A pesar pues, de haber escrito ya sobre mi colega y amigo, la Dirección de la Fundación Miguel Lillo creyó oportuna solicitar mi colaboración para abrir el volumen de sus publicaciones póstumas. "Creemos que usted es la persona más indicada..." Quizás sea verdad; el hecho es que no puedo negarme.

Esta vez, analizaré sus estudios y sus tareas desde el comienzo de su vida universitaria. Pero aquí, he de tropezar con un gran inconveniente. Más de una vez, el lector tendrá la impresión de que hablo también de mí, y estará en lo cierto. Séame pues, disculpado. No podría ser

(1) Carlos Alberto O'Donell. *Taxon* 3: 134. Abril 1954. Lourteig, A., Idem, *Rev. Argent. Agron.* 21 (2): 105-118. Junio 1954.

(2) Descole, H. R., Carlos Alberto O'Donell, *Bol. Soc. Arg. Bot.* 5 (4): 160-165, 1 foto. Octubre 1954. Barkley, F. A. Idem, *Brittonia* 8 (2): 115-120, 1 foto Abril 1955.

de otro modo para quien compartiera las tareas, responsabilidades e investigaciones de cada día y durante años. Si a esto se suma el tiempo en que estudiamos Farmacia, creo que se justificará plenamente esa impresión, y... a la indulgencia del lector me confío.

Conocí a O'Donell en julio de 1933 en la Cátedra de Botánica Farmacéutica de la vieja Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires. Era ayudante "ad honorem" y yo llegaba a la Universidad.

En ese mes de vacaciones de invierno, como en los de las de verano, era el único miembro del personal de la Cátedra con el cual los estudiantes podían contar. Aquellos que deseaban adelantar sus trabajos, observar cortes histológicos, en fin, aprender algo de Botánica con tranquilidad, sin que se los exhortara a salir a la hora justa, aprovechaban del entusiasmo del ayudante O'Donell.

Durante los trabajos prácticos o en esas tardes de vacaciones, él se desvelaba por responder a las mil preguntas, por ofrecer medios de estudio, por explicar aquello que no se imaginaba. Desvivíase por enseñar lo que aprendía o acababa de descubrir, a la vez que ponerse a trabajar en algún tema sobre el cual se lo interrogaba y no conocía a fondo.

Los alumnos tenían que presentar un herbario! Drama para la gran mayoría de ellos que no salían de Buenos Aires. ¿De dónde podrían sacar las plantas en la gran ciudad pavimentada?. El jefe y el ayudante diplomado daban unas vagas nociones de cómo hacerlo... "Ustedes recogerán las plantas, las pondrán a secar, etc., etc..." Pero ¿dónde?, ¿cuáles plantas?, ¿cuándo?. Varias promociones de alumnos deben al ayudante O'Donell el haber aprendido y el haber hecho el herbario honestamente. El, pacientemente, salía los días de fiesta con grupos de alumnos, a la ribera del Río de la Plata, al bosque de Palermo, a los confines de la ciudad. Y allí, sobre el terreno les enseñaba Botánica.

Llevaba una vida muy metódica y sencilla. Salvo asistir al cine de noche, pocas otras diversiones se prodigaba. De su padre recibía una modesta suma mensual para sus pequeños gastos. Economizábala al máximo. El saldo le era sumamente útil: compraba porta- y cubre-objetos para sus preparaciones histológicas y... las de la Cátedra, colorantes, bálsamo de Canadá y alcohol absoluto. Traía en su bolsillo frasquitos de esos "valiosos productos" y ayudaba generosamente a los estudiantes que aún trabajando bien no hubieran llegado jamás a fijar buenos cortes: el alcohol de la Cátedra estaba siempre hidratado!

Con un concepto claro de las deficiencias de la enseñanza, preparó series de cortes a fin de que los alumnos contaran con buenas preparaciones para observar. Llegó a poseer colecciones de 4.000 cortes histológicos prolijamente montados.

Por entonces, era a su vez, alumno. Realizaba sus trabajos prácticos como cualquier otro, eso sí, siempre correcta y conscientemente. Estudiaba mucho, Botánica y las otras materias. Si rindió exámenes con atraso de un año o más, no fue porque no hubiera estudiado, sino porque no se "sentía preparado". A esa, quizás excesiva conciencia, se sumaban su temperamento un tanto tímido y nervioso, y las muchas noches sin dormir por la salud delicada de su padre de quien hablaba siempre con gran respeto y de quien tuvo alto ejemplo de hidalguía.

El 31 de marzo de 1937, día en que rindiéramos nuestra última materia (¡que aborrecíamos!): Técnica Farmacéutica, entrábamos en el gremio profesional. O'Donell no se detuvo a festejarlo, corrió a dar la buena nueva a su padre, que tanto la esperaba! Pocas semanas más tarde lo dejaría para siempre.

Fué entonces cuando, sin haber conseguido puesto alguno rentado en Buenos Aires, ni en la Cátedra a la cual tanto sacrificara, ni en el Instituto de Botánica de la Facultad, al cual era agregado desde octubre de 1935, ni como histólogo en ningún laboratorio oficial, O'Donell, desdiciendo la farmacia, a la cual sin embargo, estuvo a punto de sucumbir, oyó la proposición de ir al Instituto Lillo, a Tucumán.

Así, en 1937, inscripto alumno del primer año del doctorado en Bioquímica, y habiendo realizado parte de los trabajos prácticos, se dirige al noroeste argentino por algunos meses.

El Instituto, tal como organización, no existía. Era sólo un nombre y un acta, pero había elementos para hacerlo.

Su júbilo al regresar era incontenible. No cesaba los comentarios. El solo pensar que podría disponer del herbario cuanto quisiera, bastó para decidirlo. A esto había que sumar la ventaja de la naturaleza subtropical al alcance de la mano, por así decirlo. ¡Ventaja inapreciable ésta, que parece por momento tan poco valorada tanto por los que investigan como por los que enseñan botánica!.

Retornó en corto tiempo a la ciudad a la cual se ligaría hasta su muerte. Y en 1938 ya era nombrado definitivamente. También entonces yo entré al Instituto.

Había mucho que trabajar, había que hacerlo todo, pero... ¡qué dicha tan grande es poder hacer todo aquello que es necesario! ¡Y cuánto más cuando eso marcha adelante!...

Pese a la oposición decidida u oculta de antiguos elementos que se oponían a todo cambio, el herbario pasó de la ordenación alfabética al sistema de Engler, las compras de bibliotecas progresaban en sorprendente ascenso. Ya comenzaba la guerra y teníamos la última oportunidad de adquirir obras. O'Donell no se descuidaba. Una enorme cantidad de

libros y grandes series de revistas, si no completas, enriquecían el acervo del Instituto. Ocurría a veces que faltaban fondos. O'Donell adelantaba lo que sus medios le permitían o compraba algunas obras para su uso personal.

Comenzamos a conocer la naturaleza que nos rodeaba, salir a la sierra, tratar de "descubrir" esa vegetación tucumana misteriosa y lujurriante. Lo mismo ocurría con el herbario. Abrir paquetes para incorporarlos, "acertar" a la familia: colección Steinbach, incorporación del Herbario Provincial al de don Miguel Lillo, etc. etc. Se trabajaba febrilmente y con qué curiosidad y ansiedad!

Teníamos que investigar y publicar, había que equilibrar esas tareas, ¡cosa difícil frente a la tentación de conocer todo lo que la añosa casa provinciana atesoraba!. Empezamos por hacer homenaje a Lillo completando descripciones de un grupo de sus nuevas especies, el resultado: *Plantae Novae Lilloanae*. Luego elegimos las Zigofiláceas porque podíamos ver casi todas las especies en la naturaleza y había endemismos.

En octubre de 1939 partió don Carlos para los Estados Unidos, a la Universidad de Harvard, becado por la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias. Este año que pasara en el gran país tuvo para él una importancia decisiva. Maduró, por así decirlo, y regresó lleno de ideas, de entusiasmo, de deseos de imitar todo cuanto había visto.

Dos hombres tuvieron influencia sobre él, primero y por sobre todo el profesor Elmer D. Merrill, y el profesor Irving W. Bailey. Sobre este punto volveré más adelante. Su correspondencia de aquel año era hartó interesante; estampaba en ella sus impresiones de cada día, sus "descubrimientos" en forma neta y a veces hasta vislumbrando la aplicación en Argentina o, mejor, en el Instituto Lillo. Allá conquistó amigos. En 1953, el doctor Merrill me decía, hablando de O'Donell: "I like him", en aseveración firme como él lo hacía cuando no había que dudar de su convicción. Tristes momentos éstos para mí, cuando yo oía a un gran hombre ya golpeado de muerte y leía al otro lejano en su próximo fin! Sin embargo, precisamente cuando así hablaba Merrill, era a propósito de la búsqueda de algún dato sobre Convolvuláceas de Philipinas, la obra de Blanco, etc. El profesor Emérito no escatimaba esfuerzo, aún en su penoso estado físico, para dar satisfacción a mi consulta, para el joven colega que consideraba tan valioso.

A su regreso a Argentina, O'Donell no vaciló un instante en cambiar el ritmo y la orientación del Instituto Lillo. Estaba seguro del apoyo ofrecido en Harvard University, y comenzó su labor. Impuesta de sus planes, los acepté con palmas y nos abocamos a la tarea. Los testimonios más elocuentes los hallé, años después, en mis viajes a Europa y a los

Estados Unidos. Nuestra revista Lilloa, nuestra Institución, eran conocidas y, por sobre todo, contaban los muchos miles de duplicados de todas familias que se guardan en los herbarios extranjeros. Ese milagro se había operado en unos 7 años apenas!.

Justo es hacer notar que ya a su regreso, la segunda Guerra Mundial había comenzado. Ya no había posibilidad de préstamos ni mayor correspondencia con Europa. Los trabajos prosiguieron, sin embargo, en la mejor forma posible. No dejamos de separar series de duplicados, sino que por el contrario, lo hacíamos cotidianamente, guardándolas en orden perfecto, esperando la hora de la Paz. Y cuando ésta sonó, todo estaba listo para cumplir con la palabra empeñada.

Entonces, desgraciadamente, comenzaba uno de los períodos más negros de la historia argentina. Sin duda, ese régimen de gobierno lesionó más que nada la vida intelectual del país. La investigación científica se redujo al mínimo.

Por un momento, sin embargo, el Instituto Lillo brilló con la luz de investigadores extranjeros: Sleumer, Lamb, Barkley, etc., mas, con gran pena, se los vió partir desmoralizados por una situación económica y moral que empeoraba cada día. Yo misma, separada de mis funciones, don Carlos quedó solo al frente de un herbario que había aumentado enormemente. Siguió imperturbable al frente del Departamento de Botánica y continuó su investigación científica, comenzando a publicar sobre las Convolvuláceas en 1948.

Esta familia de su predilección había sido el motivo de su beca a la Universidad de Harvard, y como un sino fatal no pudo llegar al término de su estudio.

Su trabajo fue inmenso en todo sentido. Siguió metódicamente sus investigaciones hasta pocas semanas antes de fallecer.

Durante sus años de botánico en Tucumán tuvo trato con alumnos, algunos de los cuales pudieron interesarse por la Botánica. No le atraía enseñar en forma "magistral" a una masa de alumnos que escuchaban sólo por obligación; por el contrario, era sumamente paciente y minucioso en la enseñanza a aquellos que deseaban aprender Botánica.

Su trabajo. — En el orden institucional ejerció una gran influencia. Bibliografía, ficheros de toda clase, herbarios, preparación de viajes. Era un buen organizador. Privaba en él el sentido práctico. Poseía la visión rápida del pro y el contra.

Dentro de la investigación, el orden era su divisa. Fichaba todo. Utilizaba las referencias cruzadas, ponía las determinaciones en cada ejemplar, las anotaba. Sus descripciones, dibujos, datos bibliográficos, sinónimos, listas de determinaciones presentaron siempre la más acabada co-

nección. Por esta razón es que, en un tema complicado y vasto, absolutamente original y hasta entonces confuso, los editores de los trabajos póstumos de O'Donell que hoy dan a luz este volumen, no han tenido inconvenientes serios, salvo el tiempo material de ponerse en contacto con el asunto y de transcribirlo para su impresión. Señalo de paso que ninguno de ellos ha sido co-autor con él, lo que significa que han hecho frente a problemas absolutamente desconocidos para ellos.

Sus viajes ⁽³⁾. — O'Donell sostenía la idea perfectamente justa, que todo botánico debe ver las plantas en la naturaleza y visitar las regiones cuya flora estudia.

Dirigió sus viajes a todas las regiones fitogeográficas del país, haciendo colecciones. Comenzó su plan en enero de 1944, visitando en Tucumán: Tafi del Valle, Acheral, Río Cochuna, Trancas y Vipos, trayendo 250 números. Luego fué a Mendoza, recorriendo: Las Heras, Villavicencio, Los Hornillos, Zanjón Frías, Cacheuta, Potrerillos, Cruz del Paramillo, El Portezuelo, Godoy Cruz; recogió 1.200 números. En marzo siguió a Córdoba, con el siguiente recorrido: Observatorio, Barrio Jofre, Deán Funes, Malagueño, Quilino, Ascochinga, La Granja, La Calera, Río Ceballos, La Cumbre, Capilla del Monte, Alta Gracia, Huascha, Cruz del Eje, Soto, Los Tártagos, Salsipuedes, Pampa de Achala, Copina, Nono, Mina Clavero, Niña Paula, Cerro La Gloria, El Durazno, San Vicente, trayendo 1.900 números. En abril fue a Catamarca: Capillitas, consiguiendo 80 números, y al fin de ese mismo año visitó, en la provincia de Buenos Aires, las localidades de Bahía Blanca, Grünbein, Médanos y Punta Alta, coleccionando 200 números. De allí siguió a la Patagonia por el litoral: Río Negro, en esa gobernación visitó Río Colorado, Cipolletti, Colonia Julia y Echwen, Coronel E. del Busto, Juan de Garay, Pichi-Mahuida, Choel-Choel, General Roca, Allen; La Pampa: Anzoátegui, frente a Pichi-Mahuida, siguiendo hacia la Cordillera; Neuquén: Neuquén, Zapala, Chos-Malal, Villa del Agrio, Copahue, F. Zulema, Trolope, Catán-Lil, La Negra, Lago Huechulafquen, Junin de los Andes, Trafal, Huaum, San Martín de los Andes, San Antonio Oeste, con un total de 2500 números.

Regresó ya en 1945 y en ese mismo año visitó las provincias de Salta: Metán, Juramento, Orán, y de Jujuy: San Pedro, Yala, Lagunas de Yala, La Quiaca en el límite con Bolivia, recogiendo 1542 números.

En la primavera de 1945 (octubre y noviembre), volvió a la Patagonia, comenzando esta vez por la Gobernación del Chubut. Este viaje fue

(3) Agradezco a la señora de O'Donell el haberme suministrado los datos precisos sobre los viajes de su esposo.

particularmente provechoso debido a unas lluvias que le prodigaron especies que muy raramente se encuentran en flor y en abundancia. Visitó: Puerto Madryn, Gaimán, Trelew, Rawson, Comodoro Rivadavia, Astra, Cañadón Farrayz, Escalante, Sarmiento, Puerto Deseado, y regresó con 1000 números.

En 1947 volvió a Córdoba, La Rioja y Catamarca y más tarde a Salta y Jujuy formando una colección de 2926 números. Otro viaje a Salta fue dirigido a Rosario de la Frontera y localidades vecinas, El Naranjo, Los Baños, Antilla, Departamento de Metán y Candelaria, Ruiz de los Llanos y Almirante Brown, lo que le dió 480 números. Inmediatamente revisitó Catamarca: Andalgalá, Belén, Tinogasta, San Francisco, Fiambalá, Chaschuil, El Algarrobo, Cuesta de Zapata, Santa María, Punta Balastro, El Desmonte, Capillitas, y al pasar por Tucumán herborizó en Tafí del Valle, El Infiernillo y Amaicha del Valle, trayendo 1000 números. En diciembre regresó a Córdoba y coleccionó 250 números.

En 1948, después de una breve visita a Tucumán, Salta y Jujuy, que le proporcionó otros 350 números se dirigió al Chaco recorriendo: Colonia Benítez, Resistencia, Napalpí, Roque Sáenz Peña, herborizando 180 ejemplares. Continuó su viaje a la selva argentino-brasileña, coleccionando 238 números en las localidades de Posadas, Candelaria, San Ignacio, Santo Pipó y Santa Ana.

Sus materiales no eran abandonados a su regreso. Inmediatamente eran envenenados, generalmente escribía él mismo sus etiquetas originales y los determinaba, o bien, aproximaba al género o a la especie. Enviaba lo que era necesario a los especialistas y todo se montaba e incorporaba al Herbario, preparando el canje con los duplicados que en sus colecciones eran por lo general abundantes.

Este procedimiento era una regla general en la Institución, que se cumplía rigurosamente, a fin de que todas las colecciones fueran utilizables prácticamente desde su arribo al Herbario.

Como era un observador sagaz, los viajes le dejaban gran rendimiento y sus deducciones eran precisas.

Sus ideas y relaciones internacionales. — Ya dije que dos investigadores estadounidenses, de gran talla, tuvieron gran influencia en el desarrollo de la vocación de O'Donnell.

Como también dije al principio, O'Donnell era quizás un elemento nacido para la Anatomía vegetal. Siendo estudiante, obtuvo el premio

“Mitre” con un trabajo sobre La anatomía de algunas plantas usuales en la materia médica argentina. De esa época son también sus cortes histológicos y sus microfotografías, realizados con medios sumamente precarios (una vieja cámara, una lata de Quaker Oats entraban en la confección de su equipo!), éstas compiten aún hoy con las buenas fotografías similares.

Cuando fué a Harvard su interés lo llevaba más hacia la Anatomía que hacia la Taxonomía, pero hizo ambas cosas.

Dos trabajos publicados sobre Anatomía son anteriores a su viaje a los Estados Unidos. Allí conoció al profesor Bailey y se dedicó a aprender y practicar técnicas desconocidas en Sudamérica, especialmente el uso de la celoidina.

En verdad era con júbilo que descubría éste u otro detalle diferencial y produjo, en colaboración o solo, 17 trabajos de investigación anatómica, casi todos sobre plantas de uso en la materia médica argentina.

Pero los herbarios grandes y ordenados de Norte América y el gran taxónomo que fue Merrill, lo cautivaron, y a pesar del gozo que experimentaba en sus búsquedas histológicas, comprendió el sentido del gran maestro: ante todo conocer las plantas, poseer buenas colecciones de herbarios y de libros para poder trabajar.

El privilegio de O'Donell fué sobre todo llegar a ese gran hombre en plena actividad. Contagiado de ese fuego nunca extinguido en Merrill y habiéndose comprometido a canjes entre las dos instituciones, regresó a Tucumán, con una visión clara del problema taxonómico y, habiendo recibido libros, algunos valiosísimos, se entregó de más en más a esta rama de la Botánica hasta que el taxónomo ahogó al anatomista.

De este modo, aún en los malos años de la guerra, gracias a la actividad combinada de Merrill y de O'Donell, el Instituto Lillo siguió su marcha ascendente en su orientación y adquisiciones bibliográficas.

Conservó el espíritu de colaboración dentro y fuera del país y el de intercambio de conocimientos, de materiales, de datos aislados. Solía decir: “Si no enseñamos Botánica los que sabemos, ¿cómo vamos a pretender que la Botánica progrese?”

La época en que actuó no fue propicia para hacer discípulos. Lejos tenían que irse los pocos estudiantes que amaban la ciencia pura, si no querían sucumbir en la miseria!... Así vimos partir buenos elementos, que habían llegado espontáneamente, pero que sin estímulo material alguno, debieron tentar su suerte por otros caminos. De todas maneras hizo

el esfuerzo, consagró parte de su tiempo y algunos frutos se dieron, aunque en desproporción.

Casado a mediados de 1947 fué un hombre de hogar, modelo. A sus preocupaciones intelectuales sumó las de brindar todo el confort posible a su familia. Su hijito era motivo de una educación severa y a la vez afectuosa.

Los últimos años de su vida fueron dramáticos. Atacado del mal que lo destruyó, hubo de sufrir la amputación de una pierna en 1951. Fué en esta ocasión en que puso a prueba toda su entereza y salió, como siempre, airoso. Evitaba así todo comentario de parte de sus amigos y relaciones que lo visitaban.

La nueva situación fué muy dura. Tuvo, yo creo, la idea clara de su vida efímera. Nos escribíamos muy seguido; entonces yo estaba en los Estados Unidos. Respondíale al punto todas sus preguntas y a cada instante encontraba sus determinaciones de 1939-40. De común acuerdo, terminamos todos los problemas taxonómicos de Las Celastráceas de Argentina y Chile, estudio comenzado años antes e interrumpido a mi retiro de Tucumán en 1946. Todavía él mismo realizó las fotografías que ilustran ese trabajo que apareció después de su muerte. Saldábamos así un asunto "pendiente". De la forma en que trabajó en los últimos meses puede apreciarse la impresión que poseía de que algún otro debería ocuparse de su estudio. Trató por todos los medios de obtener todos los datos bibliográficos raros y antiguos que eran necesarios. Por momentos me parecía insaciable, pero tan pronto como esta idea venía a mi mente, la cubría con la de su ansiedad de prepararlo todo y me sumía en la búsqueda de lo demandado. Así, aunque haya alguna laguna en su trabajo, debe ser muy pequeña y de importancia menor.

Anotó minuciosamente todas las determinaciones, las últimas llevan fechas aún de diciembre de 1953, o bien reunió todos los ejemplares de una misma especie en una cubierta común.

A pesar de los dolores que padecía, concurría diariamente al Instituto, al que dejaba, por prescripción médica "cuando estaba muy cansado", según me escribía.

El 24 de diciembre de 1953, a pesar de su agotamiento físico, concurre al Instituto a oír exámenes. Deseaba, expresó, que sus alumnos pasaran tranquilos la Navidad. De regreso a su hogar, extremadamente cansado, no pudo subir al piso alto. Pasó la Nochebuena en familia y luego subió para no salir más.

Un mes y medio después, se produjo su deceso, el 14 de febrero de 1954, dejando tras sí una gran obra y un ejemplo de vida laboriosa y

ordenada. Lo sobreviven su esposa doña Margarita Beatriz Mayoral de O'Donell, y sus dos hijos, Carlos Alberto y Beatriz María.

Los trabajos póstumos que han sido publicados hasta hoy, son los siguientes:

Las Celastráceas de Argentina y Chile. Natura 1 (2): 179-233
9 figs., 12 fotogr. 1955.

Convolvuloideas Chilenas. Bol. Soc. Arg. Bot. 6 (3-4): 143-184.
figs. 1-10. 1957.

A. Lourteig

París, marzo de 1959.